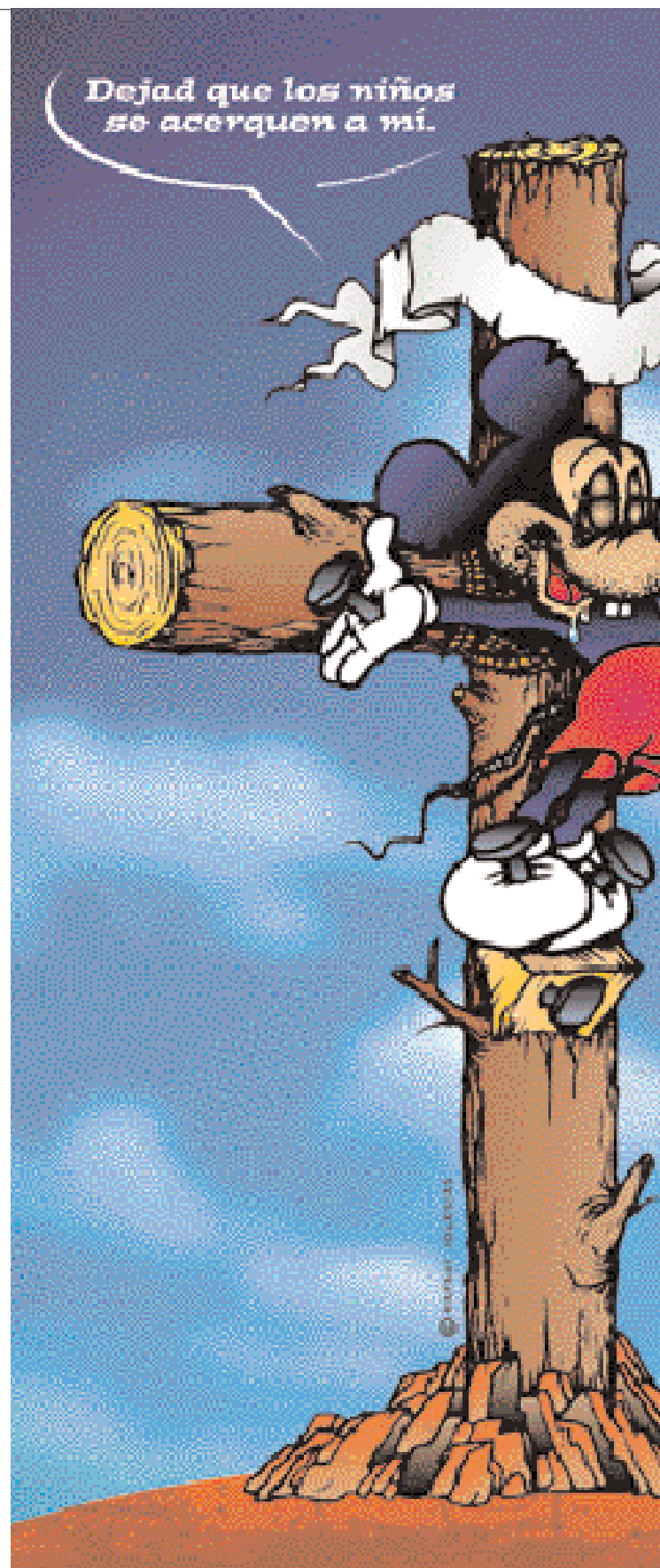


Viacrucis

Desde esa bendita redacción de Cambio16 me piden una colaboración para su número 2.000. Que lo haga una revista tan emblemática, tan profesional y sólidamente posicionada con la libertad de expresión como *Cambio16* es doblemente valorado. Por una parte, porque personalmente creo que en campos referentes al avance de la democracia, a la transformación social a través de información y formación crítica y veraz, fueron pioneros. Y continúan aún en vanguardia. Que te hagan próximo a esta escala de valores compañeros comunicadores que para ti son referencia del buen hacer ético y profesional, es más que bueno, es un honor. Estos herederos de los heroicos supervivientes al *tardofrancisco*, a una dictadura en aún larvada transición a democracia, te dicen que no estás solo en la militancia del progresismo cultural, político y ético, con base y principios en fundamentos esenciales como el respeto en la diferencia de opinión. En hacerse oír y ser escuchado dentro de una sociedad abierta y plural.

En la mayoría de los casos, digo. Existen deshonrosas excepciones, que tanto *Cambio16* como uno mismo ha vivido. Por ejemplo podría mencionar una asociación andaluza de diseñadores que veta y expulsa porque no consiente la crítica ni tampoco rinde cuentas. O al Encuentro del Cómic y la Ilustración de Sevilla, donde mi obra fue censurada durante el concierto de jazz ilustrado en vivo por varios dibujantes. Un agravio a la libertad de expresión, perpetrado por uno que públicamente dice defenderla a boca llena, con el agravante de la complici-



2000

Rafael Iglesias



dad presente y activa del famoso dibujante acosado judicialmente por pintar a los Príncipes en noble postura. Qué paradoja y contrasentido, ¿verdad? Patético.

Dos sucesos de parecido irrazonable, por el sustrato que conllevan. Ponen en tela de juicio a los que se rasgan las vestiduras cuando se cuestiona esa ética, moralidad o código deontológico que ellos mismos pregonan pero no ejercen, estigmatizándose con el pecado original, dada la imperante coyuntura, de crucificarte y recluirti al infierno. O peor, al limbo. En estos procelosos tiempos la censura es más sutil. Y su principal mecanismo se basa en no dar espacio, en recluir en el ostracismo y el ninguneo. En el limbo de la no existencia. Imponiendo el silencio en desventaja y a favor de los medios marioneta de intereses velados. Por mi parte, respecto a estos temas, opino como Adolfo Marsillach, que decía preferir ser víctima de una injusticia antes que su instigador.

Defender y expresar la verdad es una actitud que se suele pagar a un elevado precio. Personalmente, creo

que no hay dogma, nada está a salvo de observaciones de higiénica modulación de conductas desviadas o poco claras. La prensa ha jugado en esto una labor trascendental en hacer del dominio público lo que de dominio público es. Y que son mostrados por eso precisamente, por coherencia en el pensar que es una de las virtudes con las que cuenta esta magnífica plataforma editorial de *Cambio16*: iluminar senderos poco claros, descubrirlos a la luz pública y hacerlos practicables para todos. Decía su majestad el Rey: "La verdad es como el sol. Puedes ocultarlo un tiempo, pero no desaparecerá". Coincido y suscribo estas palabras del único monarca que me merece respeto, por ser nombrado como tal en sufragio popular y democrático: Elvis. Otros no pueden decir lo mismo. Son, aún en este siglo, lastres provenientes de una dictadura. Los reyes y príncipes son personajes de cuento, nadie lo duda. De mucho cuento. Y sin duda existen algunos poco nobles que anteponen su privilegio a hacer historia con mayúsculas. E impiden seguir avanzando en el camino democrático. La monarquía ha cumplido su papel de conductor, pero debemos ir más allá, como progresión natural. Si no es así, corre el peligro de ser una rémora, un artificioso obstáculo.

Me viene mucho últimamente a la cabeza un artista tan ejemplar como Nazario. Con obra traducida al inglés, francés, alemán, italiano y holandés. En trámite de que su obra sea adquirida por uno de los más prestigiosos de nuestros museos, colocándolo a la altura de cortesanos como Velázquez o Murillo. En definitiva, de incuestionables méritos propios no sólo en asuntos artís-

ticos. También, y sobre todo, por el transfondo de uso, que no abuso, de la libertad de expresión y lucha de las libertades comunes en un contexto de feroz represión, de acoso y derribo de los derechos del ciudadano. Por fin reconocido en su tierra al serle otorgado un alto y merecidísimo galardón institucional. Ya iba siendo hora. O año. Otro emigrante que tuvo que buscar horizontes más abiertos, embarcarse en la patera cultural si no quería naufragar en las traicioneras aguas abisales propias. Menos mal que llegó a buen puerto. A Barcelona. Donde su semilla sí pudo germinar en una tierra más agrade-

cida y fértil. Y es que muy a menudo dan ganas de irse y dejar Sevilla, donde ejerzo y padezco su secular intolerancia, esa ciudad heredera de Saturno que devora a sus hijos, gozosa de su propio canibalismo endémico del que se retroalimenta en un circuito cerrado de pseudocultura folclórica, *kitsch* y populista barata. *Ad libitum* del todo a cien. Con una sensibilidad religiosa, más escénica que de fe verdadera,

preocupada por asuntos terrenales y políticos antes que otros más acordes a su naturaleza. A la derecha del Padre. Muy a la derecha. Extremadamente, de extrema. De ese lado oscuro, de esa política fuerza vieja con querencia a ser siempre fuerza nueva, de la que huyen de militancia equilibrios cordiales, positivos e integradores como los que defendía el señor Pimentel. Muy sabiamente por su parte, para no ser arrastrado al naufragio del prestigio de un partido. Como decía: extremadamente. De extrema... mente, como recientemente leí de un conocido abogado local, legalista y localista autóctono. Con una soflama editorial sermoneando un levanta-



miento en almas a toda la hermandad del colectivo semanasertero sevillano, en contra una vez más del legítimo derecho de las mujeres a decidir cuándo, cómo y dónde pueden ser madres por su libre elección, haciendo uso de ese libre albedrío del que tanto presumen, pero del que no dejan ejercer pues imponen su doctrina a todo Cristo. Por dogma, es decir, por cojones. Seas creyente o no. Entre la metralla demagógica de almas de fuego, que pregonan con salves y salvos el grito autoritario y golpista de “¡Todo el mundo al cielo!”. Un excelente abogado y hombre cabal, de sorprendente y cercana afinidad al Papa. Detalle que espero fervientemente que sea más por sus comunes raíces germanas más que por la antigua militancia del líder religioso en las juventudes de Adolf Hitler. Un hecho por cierto, histórica e históricamente incuestionable del que habita en el Vaticano y que, según a mi modesto entender, inhabilitaría a cualquiera de ser referente moral, ético o religioso por muy inocente creyente que se sea.

Menos mal que mientras unos pasean bajo palio el fundamentalismo reaccionario, otros lo hacemos por el arco del triunfo. No me malinterpreten soezmente, por favor. Me refiero al triunfo de ese progresismo que tanto cuesta afianzar y defender en esta Sevilla tan mariana. De Mariano Rajoy, me refiero. Vade retro y va de retro. Ante lo beatamente incorrupto seamos incorrectos.

Lo dicho: mi adorado Nazario merece lo mejor, sin duda. Y permanecer en la trinchera de Sevilla también tiene su mérito. Aguantar toda esa falsa fuchina, esa película desfasada, rancia y tremendista, cual cinta de Cecil B. DeMille alucinado, debiera ser premiado con un Oscar a la paciencia y la perseverancia. Mas que nada por el continuo avatar que supone estar siempre en tierra hostil. Por eso no es una abstracción. La dignidad, como la libertad,

se conquistan día a día. Es una carrera de fondo. Una travesía en el desierto. Un viacrucis plagado de variados Judas y Pilatos que pecan de acción al venderte y, más habitualmente, venderse, u omisión al mirar a otros lados. Por interés o mera y cómoda desidia.

Por todo lo relatado, lo dicho: Gracias, compañeros. Ha sido un honor colaborar con esta publicación y lo es hoy también. Gracias a REVISTAS —así, con mayúsculas— como *Cambio16* o *Cuadernos para el Diálogo*. Gracias divinas. Por lo sacro que supone plantear dudas, opiniones y criterios sin cortapisas ni silicios constrictores de la verdad.

Cuando se abrieron las puertas de su portada para disfrutar del espacio celestial libre, cual Edén editorial de sus páginas, no daba crédito. Yo era uno de los elegidos. Estaba en gracia.

Al mal tiempo, buena cara. Vivamos en y de la gracia e intentemos ser graciosos con la guasa sevillana. Emprendamos otra estación de penitencia. Y de camino, intentemos ser profetas en nuestra tierra. Demos algún aldabonazo a las conciencias adormecidas y demos también que pensar. Darlo, como un regalo. Como un presente, que pudiera ser futuro. Un buen fin. Una exaltación del tan teológicamente cacareado libre albedrío, ese que no dejan ejercer, pues para estos crédulos creyentes lo que no está prohibido es obligatorio. Promovamos lo que los laicos y ateos llamamos LIBERTAD. No hay que desfallecer, a pesar de una, dos, tres caídas. Seguir nuestro norte. Nuestra estrella. Hay que mantener a la esperanza de Sevilla. Y la de Triana, pues es la metrópolis de la eterna dualidad. Cielo e infierno. Y si se quiere, se puede. Perseguir la utopía de expresarte en libertad. En mi caso, como ilustrador y comunicador visual, la pictopía. ■